~~Dª Pilar Díaz~~ ?

Zulima (pseud)

María ó el despotismo

Lina López

Caracas: Imp. Nacional 188

18

MARIA

O

EL DESPOTISMO

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

ZULIMA

CARACAS

IMPRENTA NACIONAL

1885

MARIA

O

EL DESPOTISMO

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

ZULIMA

CARACAS

IMPRENTA NACIONAL

1885

La Autora.

Estados Unidos de Venezuela

CENTENARIO DEL LIBERTADOR

DECRETO DEL ILUSTRE AMERICANO

GENERAL GUZMAN BLANCO,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

FECHA 3 DE SETIEMBRE DE 1884

JUNTA DIRECTIVA. — Presidente, Ilustre Prócer Antonio L. Guzmán. — Vicepresidente, Doctor Arístides Rojas.—Secretario de actas, Doctor Agustín Aveledo.—Secretario de correspondencia, Andrés A. Level.— Tesorero, Cipriano Morales.—Vocales, Fernando Bolívar, Doctor Manuel Vicente Díaz, José Antonio Salas.

Número 675.

Caracas: 2 de junio de 1883.

A Zulima.

Tuve el gusto de dar cuenta á la Junta, de la carta fechada el 24 del mes próximo pasado, del manuscrito acompaña titulado MARÍA Ó EL DESPOTISMO, drama en tres y de las dos composiciones poéticas firmadas por Zulima, cuales después de aprobadas por esta Junta, fueron pa al Jurado de la Academia que debe decidir respecto de obras que hayan de publicarse.

Besa sus pies

A. L. Guzmán.

Número 41.—Circular.

Caracas: 6 de julio de 1883.

A Zulima.

Esta Junta, al dar á U. las gracias á nombre del Gobierno, por el manuscrito titulado MARÍA y que presenta U. como ofrenda al Libertador en el primer Centenario de su natalicio, tiene la satisfacción de participarle que será incorporado en la sección literaria de la Exposición Nacional.

Dios y Federación.

Antonio L. Guzmán.

PERSONAJES.

—

DON FERMIN.
ANGELA, su esposa.
MARIA
ENRIQUE } sus hijos.
CARLOS PEÑALVER (Oficial patriota).
VANDERLINDE (Id. español).
JUANA.
UN SACERDOTE.
ROQUE, criado.
Soldados y oficiales patriotas y españoles.

—

La acción pása en Villa de Cura.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala decente, pero modesta. A la derecha, una puerta y una ventana que da á la calle. A la izquierda, dos puertas; y una al foro, que es la entrada principal.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA Y ANGELA.

ANGELA. Pues no sé por qué Carlos y Fermín se empeñan en que hoy mismo tenga efecto tu matrimonio. Ayer llegaron las dispensas, y hoy, de repente, sin darme tiempo para hacer preparativos, ni convidar un pariente siquiera, disponen hacerlo sin dilación.

MARÍA. Pero, convéncete, mamá: ellos que lo disponen así, su motivo tendrán. Yo así lo creo.

ANGELA. Es verdad; en Carlos no lo extraño; pero en Fermín...... Mas, procuremos arreglar esto. *(Trata de limpiar los muebles).*

MARÍA. Ya sabes, mamá, que yo sólo ambiciono ser esposa de Carlos.

ANGELA. Ya lo creo: á tí te contenta eso, pero á mí nó. *(Movimiento en María).* Nó, no creas que es que me disgusta tu enlace, sino que no me agrada la precipitación.

MARÍA. Pues yo sí estoy contenta hoy. ¡Amo tanto á Carlos!...... Sí, madre mía: me siento muy feliz al pensar que dentro de pocos momentos...... voy á ser su esposa; pero quedándome siempre á tu lado, no es verdad? *(La abraza)*.

ANGELA. Sí, hija mía. No te separarás de mi lado. Quizás sea esto lo único que le deba á los españoles, porque si no fuera por la guerra, Carlos te llevaría para Caracas, y entonces...... ¡pobres viejos!

MARÍA. Nó, mamá: Carlos nunca les hubiera proporcionado ese pesar. ¡Es tan bueno!...

ANGELA. Si! Y su corazón es tan generoso, que no habría podido resistir á mis lágrimas. Tienes razón: es muy bueno; ese dón es del hombre valiente.

MARÍA. Pero, es más bueno que valiente.

ANGELA. Oh, María! Cuando veo que el que has elegido para esposo tuyo es un patriota y no uno de esos españoles que......

MARÍA. (*Riendo*) Ah! Si todos sintieran tu odio á los españoles......Sin duda la libertad de nuestra patria estaría sancionada.

ANGELA. Y, ¿tú crees que pasará mucho tiempo sin que eso suceda? Qué poco conoces el carácter venezolano. Desengáñate: sin armamento, sin pertrecho, y casi sin vestir, ellos triunfarán, sabes por qué? Porque tienen á su cabeza al invicto, al inspirado Simón Bolívar, que les ha trasmitido su amor á la libertad, y los ha impulsado con

sus doctrinas á pelear, con la desesperación de obtenerla. Por eso nuestros compatriotas llevan por lema: *vencer ó morir*, porque son valientes.

MARÍA. Tienes razón. Los venezolanos pelean con el valor del león que defiende su guarida; con la tenacidad del náufrago que, viendo cercano su último instante, bracea con el incansable afán de salvar su vida; porque ellos conocen que venciendo lo salvan todo.

ANGELA. Eso es lo que me hace asegurarte que triunfaremos, y que muy pronto será un un hecho la independencia Sur-americana.

MARÍA. Oh! Ya lo creo. La fe de los patriotas en su triunfo es tan grande como la de un niño en su madre.

ANGELA. Debemos tenerla, porque esa es nuestra áncora de salvación.

MARÍA. No te hagas tantas ilusiones, porque, ¡cuánta sangre y cuántas lágrimas tendremos que verter, antes de ver triunfante en todo el continente la enseña tricolor.

ANGELA. No lo niego; pero, así y todo, los patriotas sabrán lanzarlos de nuestro suelo como merecen, por usurpadores.

MARÍA. Te olvidas, mamá, de que corre por tus venas sangre española.

ANGELA. ¿Quién se acuerda de eso? (*Se queda pensativa*).

MARÍA. Te ciega el amor patrio, y te olvidas de que debemos prepararnos. Papá y Carlos deben venir pronto.

ANGELA. Es verdad. Pero, dime: ¿no debo decir tampoco que éllos tienen la culpa de que tu boda sea tan triste?

MARÍA. ¿Y eso qué importa? Ser esposa de Carlos es cuanto deseo.

ANGELA. Ya lo creo; como tu le amas, tienes con eso; pero como yo te amo á tí, me desagrada esta tristeza......Pero, vamos á disponer tus galas de desposada. *(Váse)*

MARÍA. Pronto iré.

ESCENA SEGUNDA.

MARÍA.—Después CARLOS.

MARÍA. Dios mío! Siento mi corazón agitarse de una manera desesperada......No sé por qué......pero, al mismo tiempo que mi alma se dilata de felicidad, un secreto presentimiento me hace estremecer......Me amenazará alguna desgracia? Ah, Carlos mío! Tú has llegado á ser mi sueño, mi ilusión; tu dulce amor es el que le da vida á mi vida....Pero, ya lo comprendo.... lo que me agita y me hace estremecer es que mi suerte va á unirse á la tuya para siempre, y no es suficiente mi pecho para guardar tanta dicha. *(Viendo á Carlos)* Ah!

CARLOS *(Entrando, le toma la mano apasionadamente)* Bien mío! Mi María!

MARÍA. Amado Carlos!

CARLOS. Pero, qué descuidada estás. ¿No me esperabas?

RÍA. ¿ A qué preguntarme eso cuando sabes que eres tú mi solo pensamiento? Pero aún es temprano; me digiste que á las seis y sólo son las tres

RLOS. Es verdad; pero Don Fermín y yo hemos resuelto hacerlo lo más pronto posible. El fué á prevenir el párroco y yo vine á avisarles á ustedes

ARÍA. ¿ Y eso por qué, Carlos?

RLOS. Porque yo no tengo otro deseo que llamarte mi esposa. ¿Te pesa el adelanto, María?

ARÍA. Nó, Carlos; al contrario. Te amo tanto!

RLOS. Sí, mi María: dentro de breves instantes serás mi esposa para siempre, y nadie, cáro bien mío, podrá arrebatarme tu amor, porque tú morirás primero que faltar á la fe que has de jurarme en el altar.

ARÍA. Oh! Gracias, Carlos mío; haces bien en no dudar, que nadie, nadie, te arrebatará el amor de tu María. Y si por desgracia no fueras hoy mi esposo, ninguno llegaría á serlo jamás.

ARLOS. *(Con pasión)* Escucha, ángel mío: te amo tanto, que en todos los momentos de mi vida, por peligrosos que sean, tu dulce recuerdo es siempre el hermano inseparable de tu pobre Carlos. Cuando en medio de la azarosa vida que lleva el militar alzado para defender los derechos de la libertad, me hallo al frente de un inmenso peligro, de esos que absorven por completo nuestro pensamiento, tu recuerdo, siempre fijo en

mi memoria, es el talismán que me anin en esa hora terrible.

MARÍA. Carlos! Cómo no amarte!

CARLOS. Cuando en medio del combate cruzan l balas por encima de mi cabeza, y, enard cido por el ardor que se siente en ese m mento, avanzo impulsando á los soldad á quitar al enemigo que me estorba, t imagen, mi dulce María, pása envuelta e ese torbellino impetuoso que me agita; al abrir mis labios para decir:—"Avan zen! Vencer ó morir!".... mi corazón pr nuncia dulcemente tu nombre, y tu recue do me anima y da valor en ese instant

MARÍA. Carlos mio! Cuánto me amas! Qué fel es tu María!

CARLOS. Pues bien: aceleremos el instante de nues tra dicha, porque un momento que perda mos puede arrebatárnosla, tal vez par siempre.

MARÍA. Carlos! Por qué?

CARLOS. Escucha: como eres una mujer pensador y me amas, no debo ocultarte nada.

MARÍA. Sí, habla: dímelo todo, por Dios.

CARLOS. Los españoles han tomado á La Victoria, y sé que avanzan hacia aquí. Tú sabes qu este pueblo me fué entregado por los re publicanos para custodiarle. Mi deber de bo cumplirle; pero, antes, quiero llamart mi esposa.

MARÍA. ¡Los realistas! Dios eterno!

ARLOS. Ellos avanzan con valor indomable, abastecidos de pertrecho y de hombres que quitan sin reparo los obstáculos. Yo debo estar listo para hacerles frente.

ARÍA. ¿Y llegarán aquí? ¿Te veré salir al combate apenas seas mi esposo? Eso sería horrible, cruel!....

ARLOS. Pero necesario.

ARÍA. ¡Necesario!

ARLOS. Sí, María! Porque este pueblo ha sido entregado para custodiarle, á mi honor como caballero, á mi valor como soldado.

ARÍA. Es verdad.... pero.... y si una bala....

ARLOS. Y eso, ¿qué importa? Si en ese instante una bala me parte el corazón, habré muerto defendiendo mi puésto; habré muerto sosteniendo mi honor; habré muerto defendiéndote á tí, dulce amor mío; y sobre todo, habré muerto salvando mi patria.

ARÍA. ¡Qué horrible epitalamio el que me espera! *(Llora)*.

ARLOS. Aún es tiempo: no se hará la boda. Es bien triste, en verdad, no ofrecerte sino la esperanza de llorar sobre mi tumba.... María.... adiós.... *(Váse)*.

ARÍA. *(Corre y le detiene)*. Carlos! Esposo mío! Ven: las antorchas deben arder en el altar; ven, amado mío, ven á recibirme por esposa.

ARLOS. *(Le toma las manos y las estrecha contra su corazón)*. Antes, óyeme. Varias veces te

he referido la muerte que los español dieron á mi padre, viejo ya, enfermo y ci gó, por el solo delito de tener amigos p triotas. Mi madre, que amaba á su esp so con toda el alma, fué á implorar de r dillas el perdón del pobre ciego.... Y... ¿lo creerás?.... Mi desgraciada madre fu detenida; y después, obligada á presencia el asesinato de su querido compañero, ej cutado entre chistes y algazara....

MARÍA. ¡Qué horror!

CARLOS. Fué inmenso su martirio; y no pudiend resistir tales emociones, tres días despu dejó de existir!

MARÍA. ¡Pobre é infeliz señora!

CARLOS. Yo estaba estudiando; y al recibir tan ruc golpe, juré sobre sus tumbas vengarlo Inmediatamente me fuí á incorporar á l filas revolucionarias, decidido á derram mi sangre, para limpiar mi patria de ta cenagosas almas.

MARÍA. Tienes razón. Ese juramento es sagrad y debes cumplirle.

CARLOS. La suerte me trajo á este pueblo, y aqu te conocí.... Tú sabes el profundo amo que me inspiraste.... Me amaste tú; y y juré hacerte mi dulce compañera....

MARÍA. ¡Pobre Carlos! Cuánto has sufrido!

CARLOS. Por eso, al saber que se acercaban los es pañoles, rogué á tu padre enearecidament que me concediera el favor de hacerte m

esposa hoy mismo, porque, lo creerás? á veces me figuro, para mayor desesperación, que como tú eres mi sola dicha en el mundo, mi único bien en la tierra, éllos vendrán arrancarte de mis brazos.... Y.... Oh, María!.... entonces moriría de dolor....

MARÍA. Desecha esos temores. ¿No te amo con todo mi corazón? ¿No voy á ser tu esposa dentro de poco?

CARLOS. Yo era rico y feliz con mis padres; y en pocas horas quedé huérfano y pobre. ¿Qué tiene de extraño que tema me arrebaten el tesoro que poseo?

MARÍA. Eso no sucederá jamás, porque yo no puedo vivir sin tu amor. Y voy á disponerme para irnos lo más pronto á la iglesia.

CARLOS. Mi dulce María: si la desgracia impidiera que fueras ahora mi esposa, ¿faltarías á la fe jurada?

MARÍA. Jamás, jamás.... moriría antes que faltar á mis juramentos.... Carlos!.... tuya.... ó de Dios!....

CARLOS. Basta, ángel mío. Ve y vuelve pronto, que te espero con ansiedad.

ESCENA TERCERA.

CARLOS.—Después, FERMÍN.

CARLOS. Sí! el enemigo sé que ha salido de La Victoria y avanza hacia aquí. Mis avanzadas están ya alertadas......pero temo una sorpresa. Estoy intranquilo; pero antes de todo deseo hacer á María mi esposa, pues todo me sobresalta con la idea de perderla......Sí, mi María: yo no podría sobrevivir á tu pérdida. Yo pelearé hasta morir para salvar mi único tesoro, que eres tú. El enemigo trae fuerzas bien equipadas......Yo apenas cuento con un puñado de hombres mal armados. Mas... yo no desespero, y pelearé hasta salvar mi patria.

FERMÍN. (*Entrando*). Carlos!

CARLOS. Padre!

FERMÍN. Hijo mío: creo una temeridad querer realizar hoy tu enlace con María.—Ella á mi lado y amándote como te ama. te guardará su amor y sus promesas lo mismo que si fuera tu esposa......Verdad que dentro de tres días ibas á realizarle; pero al saber que el enemigo se mueve, tratas de violentarle. ¿Temes acaso una sorpresa?

CARLOS. ¿Y os oponéis, padre mío? ¿No me ofreciste hablar con el padre José?

FERMÍN. Sí te lo ofrecí; y dejé allá á Enrique con mis instrucciones, porque me urgía hablarte.

CARLOS. ¿Teneis alguna noticia que os haya hecho desistir? (*Sobresaltado*). Hablad, por Dios!

FERMÍN. Nó, ninguna: quería hablarte sobre el matrimonio, lo que te he dicho.

CARLOS. Pues bien: esperadme mientras voy á dar una revisada á mis fuerzas; pronto estaré aquí. Por lo que respecta á mi enlace con María, no me neguéis, padre mío, este favor. Otorgadle á un pobre militar que siempre está al borde de la tumba.

FERMÍN. Así se hará, si tanto lo deseas. Vuelve pronto, que estaremos dispuestos para ir al templo.

CARLOS. Voy, pues. (*Váse*).

ESCENA CUARTA.

FERMÍN.—Después, ENRIQUE.

FERMÍN. No hay duda: los enemigos ganan terreno. Todos están sobresaltados con los triunfos que obtienen.......¡Pobres republicanos! ......y......¡pobre Carlos! Si el enemigo se dirije hacia aquí, tu derrota es inevitable, pues no cuentas sino con una escasa fuerza, falta de pertrecho. A tí no te queda otro recurso que evacuar el pueblo é irte á reunir con los otros republicanos. Yo no debía consentir en que se haga hoy este matrimonio, en el estado de alarma en que se está; pero, qué hacer! ¡Pobres muchachos! Todo lo tenían dispuesto para dentro de tres días. Su fe-

licidad dicen que está basada en él. ¿Cómo oponerme? ¡Se aman tanto!...... Pero, aquí está Enrique......

EQUE. Papá: el padre José tiene todo dispuesto, y espera á los novios. Pero, ¿do están?

FERMÍN. Tu hermana se está arreglando dentro. Carlos vendrá pronto.

EQUE. ¡Qué linda quedará María con su traje de desposada! ¡La quiero tanto! Tú también, verdad?

FERMÍN. Sí, hijo mío: la quiero con toda el alma; pero hoy siento mezclado ese cariño con un no sé qué de compasión. ¡Pobre hija mía!

EQUE. ¡Compasión! Por qué? Carlos no la ama, y ella no ama á Carlos? ¿A qué compadecerla?......

FERMÍN. Es verdad; pero siento tristeza.

EQUE. Yo creo que cuando dos séres se aman como ellos, y se unen para siempre, deben disfrutar de una dicha incomparable.

FERMÍN. Si, hijo mío: es cierto. Pero siento que el corazón se me oprime al pensar en ella.

EQUE. ¿Por qué, siendo tan querida de Carlos y de nosotros? Pero, voy por ella, para que, al verla, se disipen tus temores. (*Váse*).

ESCENA QUINTA.

FERMÍN, CARLOS, ENRIQUE, MARÍA, ANGELA, JUANA y ROQUE.

CARLOS. (*Entrando*). Padre mío: ¿Dónde está María? Se hace tarde.

FERMÍN. Enrique fué por ellas; pero, helas aquí. (*Salen María, que corre y abraza á su padre; éste la besa con ternura. Angela, Enrique y Juana*).

FERMÍN. Partamos, pues.* (*Se van todos, menos Juana. Al salir por el foro, aparecerá Roque en la escena, y corriendo seguirá á aquéllos*).

ESCENA SEXTA.

JUANA.—Después, ROQUE.

JUANA. Gracias á Dios que al fin va María á casarse con Carlos......¡Cuánto me alegro! porque sé que está contenta mi buena y querida María......Desde que la mecí en la cuna, le profeso un afecto de madre... Y si quiero tanto á Carlos es porque conozco que la quiere mucho......Me parece que los veo como amorosas palomitas. Se aman tanto! (*Se sienten carreras y tiros*). Pero ¡qué escucho!......Tiros..... carreras...... gritos! ...... Dios eterno! ¡qué será!......Angela, María, todos, ¿dónde estarán?......(*Entra Roque corriendo y jadeante. Juana corre á su encuentro*). Roque: ¿qué tiros son esos, y esas carreras y alborotos? ¿En dónde quedó la familia?

ROQUE. Juana, escóndeme: tengo miedo, mucho miedo. Yo he visto los españoles ahí mismo.

JUANA. Jesús! Ave María purísima! ¿Qué buscan esos hombres aquí?

ROQUE. Escóndeme, Juana: escóndeme, por Dios! (*Temblando*)

JUANA. ¿Dónde he de esconderte, muchacho, si ellos cuando entran registran hasta el último rincón! Lo mejor que puedes hacer es cojer un fusil é irte, á pelear.

ROQUE. (*Dando un salto atrás, asustado*) A pelear yo.......?

JUANA. Sí. Vete con Carlos (*Demostrará agitación.*)

ROQUE. (*Lloriqueando*) Sí: ya va él á dejar los arrullos de su esposa, para ir á que le maten.

JUANA. Calla, imbécil....Pero, no llegan....y siguen los tiros......¡Dios mío!

ROQUE. Juana, voy á meterme en el baúl. Ven para que le eches llave. (*Sale corriendo*)

ESCENA SEPTIMA.

JUANA, MARÍA, ANGELA, FERMÍN, ENRIQUE.

(*María entrará desesperada; Angela, Fermín y Enrique tratan de contenerla.*)

JUANA. (*Recibiéndola en sus brazos*) ¡María, querida María!

MARÍA. Juana!....¿Y mi Carlos? ¿En dónde está?

Mi adorado esposo, ¿adónde ha ido? ¿Por qué me deja?

(*Se oyen los tiros cerca y los víctores*)

VOCES (*Dentro*) ¡Viva la libertad! ¡Viva la Patria! ¡Viva Simón Bolívar!

MARÍA. ¡Dios mío! Le van á matar! Dejadme ir á morir con él......

FERMÍN. Hija de mi corazón: ten valor y resignación!

(*Ella reclina su cabeza en el hombro de Juana, que la tendrá abrazada,* y *llora. Angela estará cerrando la ventana y asegurando la puerta que da á la calle.*)

JUANA. Pero, decidme, Don Fermín, lo que ha pasado.

FERMÍN. Salimos de aquí para el templo; y ya en él, sentimos alertas, tiros, carreras. Carlos, desalentado, tomó á María de la mano, y poniéndola en mis brazos, me dijo: "Padre mío: en vuestros brazos dejo depositado el único tesoro que poseo en la tierra: guárdamela. Y tú, María: consérvame tu fe y tus juramentos, y espera á tu esposo"......y corrió á unirse á sus tropas. Los realistas han sorprendido esta Villa; y los pobres patriotas pelean desesperados. ¿No oís?

(*Se sienten tiros ya en la calle, casi al pie de la ventana; y los víctores patriotas se van alejando. Ya se sienten los gritos realistas*).

VOCES. (*Dentro*) ¡Viva el Rey Fernando VII!

MARÍA. ¡Dios Todopoderoso! Proteje á mi Carlos. Salva á mi esposo!

ANGELA. Ven, Fermín; ven, Enrique: los patriotas se han alejado. Ya los españoles están en la Villa; ya se sienten los golpes para romper las puertas y empezar el saqueo. Venid, que al entrar y veros, pueden en el primer ímpetu mataros. (*Se los lleva y vuelve prontamente.*)

ESCENA OCTAVA.

JUANA, MARÍA, ANGELA, VANDERLINDE, SOLDADOS.

JUANA. Los golpes, Angela, son ya en esta calle. Cielos! ¡Qué haremos!

MARÍA. Dios mío! ¡Salva á mi Carlos!

(*Se sienten golpes en la puerta que tratan de forzar por fuera*)

ANGELA. Juana: mira, fuerzan la puerta......Ya cede......hija mía! Van á entrar!...... mira......!

(*Angela trata de cubrir á María con su cuerpo. La puerta se abre en el momento en que María se desprende de Juana*)

MARÍA. (*Desesperada*) ¡Carlos! ¡Carlos mío!.... Adiós!

(*Entra un oficial español, seguido de soldados*)

(*Aquélla, asustada*) Ah!

ANGELA. (*Al oficial*) ¡Piedad, Señor!

VAND. ¡ Dios mío, qué he hecho!....Nada temáis señora!

ANGELA. *(Juntando las manos)* Oh! Gracias cababallero, gracias!

VANDE. *(Viendo á María)* Me deslumbra su hermosura. *(A los soldados)* Venid. *(Vánse)*

MARÍA. *(Arrojándose en los brazos de su madre)* ¡ Madre mía, tengo miedo!

ANGELA. ¡ Dios nos salve!

TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

—

La misma decoración anterior

—

ESCENA PRIMERA.

MARÍA

(Sentada, con la cabeza apoyada en la mano. Luego se pone de pie.)

(*Con tristeza*) Sueño adorado de mi bella vida
un día soñé con plácida ventura;
pero en vez de placer sólo he probado
pesares que me llenan de amargura.
Carlos querido, de mi vida encanto,
ilusión de mi eterna fantasía:
olvidarte no puedo un solo instante;
tu recuerdo me sigue noche y día.
Vago en el mundo como sombra errante,
sin consuelo, sin fe, sin esperanza;
al recordar tu amor, triste, abatida,
penas tan sólo el corazón alcanza.
Al dormirme, mis ojos ven cadalzos;
mi oído siente quejas y suspiros:
veo tu cuerpo arder entre las llamas;
me despiertan mi llanto y mis gemidos.

Carlos! mi amor: ¿por qué tanto silencio
con tu pobre, infeliz, triste María?
¿No sabes que tu amor es mi esperanza?
¿No sabes que tu amor es mi alegría?

ESCENA SEGUNDA.

MARÍA.—VANDERLINDE

VANDE. (*Entrando. María se sorprende*)
Señorita, os he asustado?
MARÍA. No, caballero: por qué?
VANDE. Yo noto en vos descontento
cuando os vengo á visitar.
MARÍA. Que os engañáis caballero
os lo puedo asegurar.
VANDE. Yo señorita, deseo
el hablaros de mi amor.
MARÍA. Ya sabéis el cruel dolor
que mi pecho ha desgarrado.
VANDE. Que fué, dicen, vuestro amante
contra su Rey y Señor.
MARÍA. (*Con fuego*) Fué llevado por su honor
á cumplir con su deber.
VANDE. Pero me han dicho no fuistéis
su esposa en aquel instante.
MARÍA. Pero él sabe que aquí, amante,
le guardo mi corazón.
VANDE. Tenía más ambición
que amor ese caballero.
MARÍA. El honor es lo primero
que el hombre debe guardar.
VANDE. Y yo os puedo asegurar,

americana graciosa,
que si queréis hoy, mañana,
al pie de ese mismo altar,
sin titubear os daría
honor y nombre á la vez.

MARÍA. Guardad ese honor y nombre,
y dadlos á otra mujer:
yo debo pertenecer
al que le ofrecí mi amor.

VANDE. Señorita, ¿y yo qué haré
con el alma desgarrada,
triste, desesperanzada,
llena de angustias de amor?
Y puesto que conocéis
estos dolores, María,
debéis darle la alegría
á mi pobre corazón.
Ya no es pasión, es locura
lo que siente el alma mía:
sueño de noche y de día;
deliro siempre con vos.

MARÍA. Buscad otra que aceptar
pueda vuestro corazón.

VANDE. María, sólo tu amor
me puede consolar. (*Se arrodilla*)
De rodillas, bien mío,
te lo vengo á implorar;
olvida á ese mancebo:
yo te amo con lealtad.
Amame, mi María,
ámame por piedad.

MARÍA. Caballero, esa pasión
no la debo alimentar;
pues juré mi amor á Carlos,
no lo puedo traicionar.
Carlos!....recuerdo constante!
¡Dulce ilusión de mi vida!.......

VANDE. Señorita, estáis abriendo
en mi pecho una honda herida.

MARÍA. Mi alma llora sin consuelo;
mi alma se rinde abatida. *(Llora)*

VANDE. *(Exasperado)* No habléis más de vuestro amor,
señora: no os quiero oír.

MARÍA. *(Con altivez)* ¿Sois acaso mi señor
para imponérmelo así?

VANDE. Perdonadme; pero mi alma
de amargos celos henchís:

MARÍA. Caballero, dispensadme:
Me siento un poco indispuesta,
y deseo retirarme.
(Saluda y trata de irse. Ella detiene y dice con despecho).

VANDE. María: si desgarráis
mi corazón en pedazos,
el vuestro trituraré
al veros mía en mis brazos.

MARÍA. *(Con entereza)* Vanderlinde: no penséis
que yo pueda acobardarme.
De Carlos será mi amor,
aunque tratéis de inmolarme.

VANDE. Veo que tenéis valor;
pero os puedo asegurar

que más tarde arrodillada,
mi amor vendréis á implorar.

MARÍA. Caballero! ¿Qué decís?

VANDE. Señorita, la verdad.
O sois mi esposa, María,
ó me vengo sin piedad.

MARÍA. Vanderlinde: yo prefiero
el que abran mi sepultura.
Mi amor jamás le obtendréis:
amo á Carlos con locura. *(Váse)*

ESCENA TERCERA.

ANGELA.—VANDERLINDE.

ANGELA. Caballero, cuánta honra! ¿Qué tal de salud?

VANDE. Bien, mi buena amiga, en apariencia.

ANGELA. Cómo? Por qué? Sufrís?

VANDE. Mucho! No vivo, no tengo sosiego: soy muy desgraciado!

ANGELA. Vos! Cómo! Me admiro en verdad. Pero, ¿por qué sois desgraciado?

VANDE. ¿Por qué, señora? Porque tengo la muerte en el corazón; y si no trato de poner el remedio, mi fin es inevitable.

ANGELA. Ponedle, pues: es pecado imperdonable dejarse morir.

VANDE. Es verdad! Pero permitidme haceros una pregunta.

ANGELA. Preguntad cuanto queráis.

VANDE. Espera vuestra hija al joven con quien iba á casarse?

ANGELA. ¿Cómo no? Nada más justo.

VANDE. ¿Eran ya esposos?

ANGELA. No! Pero iban á recibir las bendiciones cuando fué sorprendido el pueblo por ustedes.

VANDE. De modo que vuestra hija es libre.

ANGELA. Libre! No, señor: la mujer desde el instante que se compromete deja de serlo. Esto es, si conoce el honor, y mucho más, si ha sentido el amor. Así es que mi hija esperará á su prometido hasta que pueda venir.

VANDE. Ese joven no vendrá, señora.

ANGELA. Por qué? Decid.

VANDE. Porque el que no murió en la pelea, fué pasado á cuchillo.

ANGELA. ¡Qué horror! ¿De modo que usted cree que no volverá?

VANDE. Así lo creo. Mis soldados los persiguieron en los montes hasta no dejar uno.

ANGELA. ¡Pobre Carlos! ¡Infeliz hija mía!

VANDE. ¡Pobre de mí, señora! El ha descansado; al paso que yo vivo muriendo.... Pero usted, mi buena amiga, usted va á salvarme.

ANGELA. No os comprendo.

VANDE. Amo á vuestra hija con todo mi corazón.

ANGELA. Cielos! ¿Qué decís?

VANDE. Que amo á vuestra hija, y que usted, señora, va á ayudarme á obtener mi felicidad.

ANGELA. Yo! Cómo?

VANDE. Persuadiendo á María que me reciba por esposo.

ANGELA. Lo que me exigís es imposible. María no se pertenece: tiene comprometidos su palabra y su corazón; y no puedo ni debo aconsejarla nada que no se hermane con el deber.

VANDE. Pero ved que vivo desesperado, señora, desde que conocí á vuestra hija. De entonces acá mi vida es un martirio. Oh! yo se lo ruego: hágale presente á María que su prometido ha muerto y que debe elegir otro esposo.

ANGELA. Yo no haré semejante cosa. ¡Imposible!

VANDE. ¡Imposible? No, señora: para mí no han existido jamás. Yo lo que deseo es que ella, por su voluntad, consienta en ser mi esposa.

ANGELA. Eso no lo conseguiréis, porque ella no consentirá jamás en serlo.

VANDE. Pues yo ofrezco que de cualquier manera lo será, ó de lo contrario me recordará toda su vida.

ANGELA. La amenazáis?

VANDE. Yo no amenazo: anuncio lo que puede suceder. Y si queréis ahorraros muchas lágrimas, obligadla, si es preciso, á que consienta en ser mi esposa.

ANGELA. Obligarla, señor! Jamás! Los venezolanos sufriremos la tiranía, por nuestra desgracia; pero no sabemos ejercerla.

Vande. Pues bien, señora: reto por reto. O consiente en ser mi esposa, ó más tarde, de rodillas, implorará ese honor.

Angela. ¡Dios de bondad! Me aterráis, señor! ¿Cómo queréis por esposa á una mujer que ama á otro hombre?

Vande. Cuando lo sea, yo haré que me ame; y tendrá que hacerlo: yo os lo juro.

ESCENA CUARTA.

Dichos y Fermín.

ERMÍN. Dios guarde á usted, caballero.

VA. DE. Don Fermín: besoos las manos.

ANG N. Y tú, Angela, qué tienes? Estás pálida, inmutada.

Vand Yo, Fermín no tengo nada: es que estaba distraída.

ANDE. Si me lo permitís, Don Fermín, os diré lo que tiene vuestra esposa.

FERMÍN. Lo qué tiene! Cómo así?

Vande. En este momento le revelaba lo que siente mi corazón.

Fermín. No os comprendo.

Vande. Seré franco; os lo diré todo. Amo á vuestra hija. Y esto era lo que tenía vuestra esposa cuando entrésteis: le hacía presente que ustedes pueden darme la dicha, consintiendo en que ella sea mi esposa.

Fermín. Señor: lo que deseáis es imposible, porque no le pertenece su corazón.

VANDE. Lo sé, porque ella me lo ha dicho y no ha querido ceder á mis ruegos.... Pero.... yo he jurado á mi pobre corazón que ella será mi esposa, aunque tenga que arrepentirme después.

FERMÍN Reflexionad, señor, que el compromiso de mi hija con el Coronel Peñalver, no es como otro cualquiera: estaban ya en el altar.

VANDE. Todo lo sé. Pero no he podido desvanecer el amor que me ha inspirado...... amor loco, desesperado.... Don Fermín: haced que sea mi esposa... Ejerced vuestro poder para forzarla á que ceda.... y obtendréis dinero, dignidades, honores.... cuanto queráis.... Pero que sea mi esposa: yo os lo ruego.

FERMÍN. Basta, señor. Me ofendéis! Lo que me exigís no puedo concederlo. Mi hija no se pertenece; y prefiero verla morir á verla mancillada por haber faltado á sus deberes. Son sagrados los juramentos que la atan á Carlos.

VANDE. Ved que el noble español os ha rogado. Recordad que aquí represento á vuestro Rey y Señor. No resistáis, pues: haced lo que os pido. No me obliguéis á hacer lo que pueda pesarme después. Ved que maltratáis á un noble español que quiere honraros.

FERMÍN. Señor Vanderlinde: el hombre noble no es el que posee poderes y dignidades. El

hombre noble es aquel que conoce lo que es honor y dignidad, y sabe ejercerlos. Y yo, que me creo uno de ellos, no obligaré á mi hija á faltar á sus deberes.

VANDE. Don Fermín: á vuestros pies estáis abriendo un abismo en que podéis hundiros...... Reflexionad; aún es tiempo.... Ese joven Carlos ha muerto.... Ceded, pues; y si no cedéis.... temblad.

FERMÍN. Caballero! Fermín de la Yedra no ha temblado jamás, cuando sabe que está cumpliendo con su deber. Carlos no ha muerto.

VANDE. ¿Cómo lo sabéis?

FERMÍN. Porque lo sé.

VANDE. Eso quiere decir que tenéis comunicaciones con los insurrectos.

FERMÍN. No ha sido eso.

VANDE. Meditad, Don Fermín: aún podemos arreglarnos.

FERMÍN. Lo que me exigís no lo haré jamás.

VANDE. Pues bien, caballero: adiós...... Esperadme.... (*Váse*).

ANGELA. ¿Qué irá á hacer ese hombre? Estoy sobresaltada: tengo miedo!

FERMÍN. ¿Qué puede hacer no amándolo María? Esos son disparates de hombre enamorado.

ESCENA QUINTA.

DICHOS, menos VANDERLINDE.— MARÍA— ENRIQUE.

MARÍA. ¡Padre mío! ¡Qué desgraciada soy! (*Abrazándole*).

FERMÍN. ¿Por qué, hija mía?

MARÍA. Porque Vanderlinde me ama, y eso me hace temblar.

FERMÍN. Temblar! Vaya! ¿Cuándo el ser amado ha inspirado temor?

MARÍA. Eso lo dices tú, porque no le has visto amenazarme; porque no lo has visto como me vé al hacerlo.

FERMÍN. Tranquilízate: no temas, no. El es un caballero; es que los hombres cuando están enamorados dicen disparates.

(*Tocan en la puerta que da á la calle. María se asusta y se agarra de su padre*).

MARÍA. Oyes? Llaman, papá.

FERMÍN. Serénate. Yo mismo voy á abrir para que se disipen tus temores.

(*Fermín abre la puerta, y entran un oficial y soldados españoles. María se ase más de su padre, asustada*).

MARÍA. Papá, qué buscan?

FERMÍN. ¿Qué se os ofrece, señores?

ENRIQUE ¿Qué queréis?

OFICIAL. Venimos á buscar á Fermín y á Enrique de la Yedra.

ANGELA. Cielos! A mi esposo, y á mi hijo también!

FERMÍN. ¿De qué se me acusa? decid.

MARÍA. Papá: tenía razón en tener miedo.

ANGELA. (*Al oficial*). Pero, ¿qué ha hecho mi esposo? ¿Qué ha hecho mi hijo, niño apenas de quince años?

OFICIAL. Los hombres que tienen familia, no debían meterse en revoluciones.

ANGELA. Es que mi esposo no se ha metido en nada.

OFICIAL. Eso dicen todos; pero se sabe que está en relaciones con los insurrectos.

FERMÍN. Miente quien tal calumnia me ha levantado. Ya sé de donde me viene el golpe. Marchemos, pues. Ven, Enrique. (*Vánse*). (*María y Angela, desesperadas, corren hacia la puerta*).

MARÍA. ¡Padre de mi alma, hermano querido.... adiós!

ANGELA. ¡Esposo adorado, hijo de mi corazón.... el español se venga en ustedes.

MARÍA. ¡Dios mío: protégelos, ampáralos!

ANGELA. Ven, hija mía: vamos á rogar á Dios, única cosa que podemos hacer por éllos. (*Vánse*).

ESCENA SEXTA.

ROQUE.—Después, JUANA.

ROQUE. (*Saliendo asustado y tembloroso*). Jesús! Virgen María!......Qué cosas!......Estoy temblando......Yo quisiera no ser Roque......quisiera ser hormiga, bachaco, avispa......Entonces......picaría á esos

godos sin que ellos me vieran.......y qué gusto tendría en ello! Santa Rosalía!.... Llevarse al señor y al señorito!.......Ay! si me ven á mi y al gallo, de seguro que nos llevan también. Ellos y que dicen:— "todo criollo varón, á la cárcel y....... (*Se pása la mano por el pescuezo*). Y como el gallo es también criollo.......Pero el hijo de mi madre al ver los soldados, se escondió tan bien que no le encontraron ......Ahora.......no sé qué hacer. (*Ve á Juana*). Oh, Juana!

JUANA. Ya te escucho, mentecato. ¿Qué van á hacer contigo, necio! A tí te llegará tu turno de otra manera.

ROQUE. ¿A mí, Juana!

JUANA. Sí: á tí, por cobarde.

ROQUE. No me digas eso, porque me parece que ya sucede. Pero.......siento venir gente: lo mejor es irme de aquí. (*Váse*).

ESCENA SEPTIMA.

JUANA, EL PADRE JOSÉ.—Después, ANGELA Y MARÍA

PADRE. (*Saliendo*). Buena Juana, ¿Cómo estás? Y las señoras, dónde están? Qué golpe han recibido! Acabo de saberlo.

JUANA. Están tan tristes, tan inconsolables!

PADRE. Y no les falta razón. Esto es nada para lo que falta que suceder.

JUANA. ¡Qué decís! ¿Harán algo más?

PADRE. ¡Qué sé yo! Pero......temo tanto á esta gente.

JUANA. Voy á llamarlas; procure darles consuelos, padre. (*Váse: salen María y Angela*).

MARÍA. Padre José; dadme valor.

ANGELA. ¡Qué desgraciada soy, padre mío!

PADRE. Hijas: Dios, que es poder y bondad, os enviará el consuelo.

ANGELA. Vanderlinde será implacable. Se venga de nosotros.

PADRE. ¿De ustedes?

ANGELA. Sí! ama á María: quiere que sea su esposa; no hemos querido consentir en eso, y por venganza los prende.

PADRE. Entonces, el caso es más grave.

MARÍA. Sí, padre mío. Pero yo no debo faltar á las promesas que hice á Carlos.

PADRE. Es verdad. Pero recuerda que el que está sufriendo es tu padre; y puede tu desgracia hacer que tengas que inmolarte en aras de su amor.

MARÍA. ¿Qué decís! Explicaos. ¿Querrá ese hombre obligarme á faltar á los juramentos que hice á Carlos?

PADRE. No sé, hija mía; pero sí te hago presente que una buena hija hace lo que la desgracia le exija, por salvar al autor de sus días.

MARÍA. Dios mío! Debo ceder? Aconsejadme, porque amo tanto á Carlos, que perderle sería morir. (*Llora*).

ANGELA. Hija mía: aceptar esas proposiciones es aceptar tu muerte. Yo no debo consentirlo: probaremos otros medios.

PADRE. No creo que deban aceptarlas sino en último caso; pero prepárate, María. Pide á Dios valor y resignación para sobrellevar los sufrimientos que te amenazan. Adiós, hijas mías: voy á rogar por vosotras.

A. Y MA. ¡Adiós, padre mío!

PADRE. El os ampare. (*Váse*).

ESCENA OCTAVA.

ANGELA, MARÍA.—Después, JUANA, VANDERLINDE.

MARÍA. Madre mía: soy muy desgraciada! El padre José me ha hecho temblar.

ANGELA. Tengamos paciencia y esperemos en Dio' (*Se sienten golpes como que clavan. Juan entrará conmovida por la puerta que da á l' calle, por donde salió el padre José Al entrar la dejará abierta*).

A. Y MA. Juana! Qué tienes, qué traes?

JUANA ¿Qué traigo? Traigo horror, miedo; iba á salir y me he ıevuelto. No escucháis? Esos golpes son patíbulos que están levantando.

ANGELA. Dónde? A quién van á matar? Di, Juana, por Dios!

JUANA. A quién va á ser, sino á los prisioneros. La ley de muerte está establecida; bien sabéis que no hay cuartel.

ANGELA. Es verdad. Pero, ¿dónde es que están alzando los patíbulos?

JUANA. Allí. Ven, y verás por la ventana. ¿No ves en aquel ángulo de la plaza que se ve de aquí?

(*Angela y María verán por la ventana*).

ANGELA. Sí: ya veo. Cuánto crimen!

MARÍA. Pero, á papá y á Enrique no los matarán.

ANGELA. Oh! No pienses en eso. ¿Qué han hecho éllos!

(*Se siente una caja lejos*).

MARÍA. Mamá: tengo temor. ¡Pobres hombres que van á morir!

ANGELA. Dios mío! Dadme valor, y proteged á mi esposo y á mi hijo. Pero.... ¿no oyen? (*Se oye cerca la caja*). Una caja. Parece tropa. Veamos.

(*María corre, ve por la ventana, y se quita dando un grito*).

MARÍA. Ah!

ANGELA. (*Corre, ve, y dice con desesperación*). Fermín! Enrique!

(*María se arroja en sus brazos. Juana, llorando, casi las sostiene á las dos. La puerta se abre, y aparece en ella Vanderlinde que dice á María*).

VANDE. María: tu padre y tu hermano marchan al cadalzo: tú puedes salvarlos consintiendo en ser mi esposa.

ANGELA. (*Desprendiéndose de Juana y María. Con de-

sesperación). Así es que los hombres conquistan el amor de las mujeres.

MARÍA. (*De rodillas*). Vanderlinde: piedad! (*Se oye fuera la voz de Fermín que grita*).

FERMÍN. María: no faltes á tus juramentos. Déjanos morir.

(*Vanderlinde al oírle, se vuelve á la puerta, y dice á los soldados*).

VANDE. Marchad, y despachad pronto. (*Váse*).

(*Angela al verle ir, corre á la ventana. María llora desconsolada sobre el hombro de Juana. Angela da un grito. María al oírle corre á la ventana también, seguida de Juana y ve por ella. Angela cae á sus piés, y, loca de dolor, dice*):

ANGELA. ¡María! Hija de mi corazón! Salva á tu padre! Salva á tu hermano!

MARÍA. (*Gritando por la ventana*). Vanderlinde: volved!

VANDE. (*Entrando*). ¿Me habéis llamado, María?

MARÍA. (*Desalentada*). Seré vuestra esposa; seré cuanto queráis; pero salvad á mi padre, salvad á mi hermano!

VANDE. (*Con sarcasmo*). Gracias, hermosa María! Voy á revocar la orden.

(*Angela y María se abrazan*).

ANGELA. María! Hija infortunada de mi alma! Tú vas á ser la víctima del despotismo de ese hombre.

TELÓN.

ACTO TERCERO.

—

El mismo salón, pero decentemente amueblado, con lujo

—

ACTO PRIMERO.

ANGELA, con la labor en la mano.—Después, JUANA Y MARÍA.

ANGELA. Sí! Esperemos aquí, que abran la alcoba de María, para saber cómo pasó la noche. Pobre criatura! Desde que se consumó tu sacrificio, tu vida se ha deslizado tristemente, hasta ponerte, en medio de la más terrible lucha, al borde de la tumba ......Infeliz hija mía! Muy pocos serán ya los días de tu vida! Y muy poco tu fingimiento......Sí! Tus ojos los has tenido desde tu matrimonio enrojecidos por el llanto......y sin embargo, tus labios sonreían siempre......Tus mejillas han palidecido, marcando la demacración......y con falsa alegría y esmerado tocado, tratas de engañar á todos......¡ Qué martirio para tu pobre alma !......Este matrimonio nos ha traído á todos el sufrimiento...... Fermín ha envejecido veinte años. Enrique ha perdido por completo su alegría juvenil. Yo tengo el alma triturada, por-

que sufro en silencio mis dolores.......A tu marido, al principio, le tenía odio, rencor, le trataba con recelosa cautela; pero se porta tan bien, te ama con tal locura y es con todos tan bueno y caballero, que ha hecho que le vea con menos horror. Se le ve, á veces, un remordimiento tan profundo, que me he convencido de que existe algo bueno en el fondo de su alma, y creo algunas veces que si fué culpable, fué loco de amor, ciego de celos.......Hoy es bien desgraciado. A proporción que mi desventurada hija se inclina á la tumba ....su frente se nubla, su rostro se entristece, marcando el arrepentimiento.... ¡Pobre hombre! que no supo moderar sus pasiones.......que no supo contener sus ímpetus.......

JUANA. (*Entrando*). Salud, Ángela!

ANGELA. ¿Cómo está María?

JUANA. Como siempre: anoche tuvo fiebre.

ANGELA. ¿Ha despertado ya?

JUANA. La dejé ya levantada. Venía para acá; pero entró su marido á saludarla. ¡Pobre María!

ANGELA. ¡Pobres los dos!

JUANA. ¿Por qué decís eso?

ANGELA. Porque la una va á morir de dolor; y el otro de remordimientos.

JUANA. (*Con ironía*). ¡Remordimientos!

ANGELA. Sí! El sufre mucho, mucho. La muerte de María va á ser su expiación.

JANA. ¿Y quién ha dicho que María va á morir, Angela?

NGELA. Me lo ha dicho mi corazón de madre.

JANA. Porque la ves pálida y enferma, ¿crees eso?

NGELA. Sí, Juana mía: porque la veo morir lentamente; porque espero por momentos ese golpe terrible.

JANA. Pero tu corazón puede engañarte: él no puede saber eso.

NGELA. El corazón de las madres posee un secreto instinto que les revela cuando van á perder para siempre á uno de esos pedazos queridos de su corazón.

JANA. Pero eso es imposible: tal ves te engañes.

NGELA. Nó, Juana. Yo he visto madres que al dar su hijo el primer quejido en la enfermedad que va á darle la muerte, lanzan éllas un grito dolorido, porque aquel primer ay! que dió su hijo grabó en su corazón, con caracteres de espinas, la sentencia de muerte de aquel querido sér.... Felices, felices mil veces aquéllas que no han probado el martirio de las madres! ......Mira, Juana, bendice á Dios, porque no te hizo madre. *(Llora).*

JANA. Pero, reponte, Angela. Va á venir María, y se entristecerá más al verte llorosa. Vamos, cálmate.

NGELA. Es verdad; debo serenarme para que ella no vea mi dolor; debo traer á mi rostro

la sonrisa, para engañarla á mi vez.....
Sí, Juana mía: lo haré sin esfuerzo. Este es otro secreto del corazón de las madres. Ellas pueden ver morir al hijo de su alma, dibujando en sus labios la sonrisa......mientras su corazón sangra......hecho girones ....¡ Valor sublime de ese santo amor!... que hace todo ese sacrificio para evitar á su moribundo hijo el martirio de que vea su inmenso dolor......Divina abnegación que sólo pueden tener las madres!......

ROQUE. *(Entra trayendo muchas flores; su rostro revela la alegría)* Aquí están las flores de mi señorita: nardos, jazmines, rosas; las flores más bellas y de más aroma que he encontrado en los jardines. Le gusta tanto olerlas.

ANGELA. Colócalas en el florero.

ROQUE. *(Las coloca en él. Luego se acerca á Juana por detrás. Angela estará distraída sin verlos)* Juana! Qué buenas noticias hay!

JUANA. ¿ Qué es muchacho? ¿ qué dices!

ROQUE. ¿ Qué digo! Que los patriotas ganan terreno; y que muy buenas felpas les han dado á los realistas. Yo estoy tan alegre, Juana, que grito ¡ Viva la Patria! ¡ Viva Bolívar!

JUANA. Calla, imbécil! ¿ Te olvidas de que estás en la casa de un oficial realista? ¿ Y de qué si te oye no te irá muy bien?

ROQUE. Pero si es verdad, ¿ cómo no he de decirlo? Si estoy tan contento!....

JUANA. Vete, pues; vete pronto. ¿No ves á tu señora lo triste que está? No le gustará mucho verte la cara de pascua que tienes hoy.......

ROQUE. *(Viendo á Angela)* Si es verdad que está muy triste....¡La pobre!....Pero escucha esto: dicen que viene un oficial patriota con gente que es muy valiente; que se llama *Desesperado*; y dicen más: aseguran que los patriotas están tan cerca, que no ha faltado quien hable con ellos de aquí de esta Villa.

JUANA. Calla, pues; y no se lo digas á más nadie; porque si llega el señor y te oye, no te irá muy bien. Tú sabes que él no considera á nadie.

ROQUE. Me voy, pues, antes que venga. *(Váse)* *(Sale María, pálida, demacrada y débil, aunque vestida con sumo esmero. Angela le sale al encuentro y la abraza)*

ANGELA. *(Con interés)* ¿Cómo te sientes, hija mía? ¿Dormiste bien?

MARÍA. Sí, muy bien, mamá. Y tú?

ANGELA. ¿Tuviste fiebre?

MARÍA. No, que yo sepa. No sentí nada....y.... ay! *(Sentándose con debilidad)*

ANGELA. *(Ansiosa)* ¿Qué sientes, María?

MARÍA. Nada mamá: me quejo casi por costumbre.

ANGELA. *(Volviendo el rostro)* Ah!

MARÍA. ¿Sabes, mamá, que se prepara un encuentro con los republicanos, si nó aquí mismo, muy cerca?

ANGELA. Cómo! No he sabido nada.

MARÍA. Parece que los insurrectos se rehacen mucho.

ANGELA. ¿Cómo lo has sabido?

MARÍA. Me lo acaba de decir mi marido, que ha recibido orden de estar prevenido para si le atacan, ó para que si le llaman, vaya volando

ANGELA. ¡Qué temeridad de gentes: no se cansan!

MARÍA. ¿Quiénes, mamá?

ANGELA. Los insurrectos, hija.

MARÍA. *(Riendo)* ¡Las cosas del mundo!

ANGELA. *(Con prontitud)* Mira, hija mía, qué flores tan bellas mandé traer para tí. ¡Qué aroma tienen!

MARÍA. En verdad que son bellas.

(En este momento se divisa á Vanderlinde que va á salir. Angela al verle dice á María

ANGELA. Hija mía: tengo que hacer dentro. Pronto volveré. Vente, Juana. *(Vánse)*

ESCENA SEGUNDA

MARÍA. — VANDERLINDE.

VANDE. ¿Recuerdas Màría, que al separarme de tí, te dije que iba á dar órdenes? Pues bien: yo acabo de recibir una del Capitán General.

MARÍA. ¿De veras?

VANDE. Sí. Me ordena que, aquí ó donde le encuentre, bata hasta escarmentarle á un insolente republicano que merodea por

estos alrededores, el cual se hace llamar el *Desesperado*. Pero yo le ofrezco escarmentarle de tal manera que no ha de desesperarse más.

MARÍA. ¡Hasta cuándo guerra! Harto regado está el suelo con la sangre de tanto infeliz que muere.

VANDE. Temeridades de los sublevados, que se les ha metido en la cabeza, arrojar de esta tierra, que ellos llaman suya, á los españoles que los han hecho lo que son, y que son sin disputa, dueños absolutos de este suelo, poı derecho de conquista.

MARÍA. Errores y más errores. Siempre errando!

VANDE. ¿Por qué errores María? ¿Qué serían estos indios imbéciles si no hubieran sido conquistados y algo civilizados por los españoles? Bestias salvajes que vivirían sin Dios ni ley.

MARÍA. Es verdad: serán como dice U., bestias salvajes, pero felices en su ignorancia. Disfrutarían en paz el trozo de tierra que Dios les legó.

VANDE. De manera que tú como éllos, crees que tienen perfecto derecho á este país.

MARÍA. Yo no creo nada; pero si sé que Dios dió á cada cual lo suyo.

VANDE. Aún estás aferrada á tus ideas republicanas. ¿Aún eres insurgente, querida mía, siendo la esposa de un oficial realista?

MARÍA. Hace mucho tiempo que nada me inspira

interés; mal puedo aferrarme á nada tampoco.

VANDE. ¿De manera que lo mismo es para tí que que yo pierda ó gane en esta contienda?

MARÍA. Repito á U. que todo me es indiferente.

VANDE. Y si muero, ¿verás mi muerte con ese frío estoicismo con que hablas?

MARÍA. Yo voy á morir ya; todos debemos morir: unos en pos de otros.

VANDE. Ah, María! Siempre fría con este desgraciado! Siempre indiferente y hasta cruel!

MARÍA. ¿Por qué?

VANDE. Porque te digo que pronto voy á salir al combate, y ni la más ligera contracción en tu rostro me revela, si nó interés, sorpresa al menos.

MARÍA. Estoy tan desprendida de la vida, señor, que todo me es indiferente en este mundo.

VANDE. ¿Todo, bien mío? ¿Todo, mi María?

MARÍA. En el estado en que se encuentra mi salud, mi deber no me manda otra cosa que pensar en Dios y su religión

VANDE. ¿Y tú crees que puedes morir siendo tan joven?....¿Siendo á pesar de tus males, tan bella? Ah, esposa idolatrada! Eso no sucederá todavía, porque yo te salvaré de la muerte......

MARÍA. ¡La muerte!......Qué grata debe ser la muerte!....¡Qué dulce debe ser ese sueño que nos salva!......que nos liberta para

siempre de tantas desgracias, de tantos dolores!

VANDE. María! ¿Qué dices! ¿Deseas tú morir, amada mía?

MARÍA. Yo nunca deseo, señor: hace mucho tiempo que esa facúltad del alma que impulsa al hombre, dirigiendo sus acciones, duerme en la mía el sueño de la impotencia.

VANDE. Y si no deseas, ¿cómo puedes vivir? ¿Cómo puedes arrastrar una existencia tan desencantada?

MARÍA. ¿Cómo vivo, decís? Yo no vivo, señor. Yo he arrastrado por fuerza la existencia ....He vivido y vivo muriendo....¿No me véis? ¿Soy la María que conocísteis entonces? La lozanía de mi juventud ha desaparecido. Mis mejillas se han hundido ....mis labios han perdido su sonrisa....mis ojos su alegría. A veces veo mis cabellos, porque según siento el alma, creo que estén encanecidos ....

VANDE. María de mi alma! El que debe morir soy yo, que sin piedad te arrebaté tu dicha...... Sí: la guerra va á ser encarnizada; y yo te juro, como caballero, buscar la muerte para vengarte del mal que te he hecho.

MARÍA. Es inútil, señor...... Vivid vos que estáis lleno de vida: yo soy la que necesito una fosa para que sepulten mis restos.

VANDE. María! Querida esposa mía! No me trates así. Si realmente crees que vas á mo-

rir, debes perdonarme...... Lo vehemente de la pasión que me inspiraste, me cegó, y ella me impulsó á hacer todo. Yo abrigaba la esperanza de que tú, al fin, llegarías á amarme, viendo lo grande de mi amor; pero me engañé, y mi castigo ha sido verte languidecer poco á poco. Perdóname, adorada mía; perdóname. No me trates más con esa frialdad, con ese desvío.... Dame una vez siquiera el título de *esposo* antes de partir, y no me dés más ese título de *Señor*, que es el puñal con que has castigado mi falta, desgarrándome el corazón... Por piedad, engáñame siquiera; miénteme amor, aunque no le sientas.

MARÍA. ¡Imposible! No puedo! El alma que no ama no puede fingir amor. Por derecho, tomado por fuerza, habéis conquistado el título de *mi Señor*; y, humilde y resignada, os he dejado en posesión de los fueros que os da ese derecho. Y siendo así, es el título que debo daros. Los títulos dulces y tiernos están reservados para aquellos que por mutuo amor los obtuvieron; no son para aquel que en fuerza del terror vino á obtenerlos. Los primeros conquistan el corazón y el amor; el segundo, el derecho de Señor, por su poder y fuerza. Del corazón y el amor brotan aquellos tiernos títulos; del despotismo y autoridad se deriva el otro. No puedo, no debo sino trataros así. Por lo que respecta á mi per-

dón, la religión me lo impone, y hace tiempo que le tenéis.

VANDE. Basta......Basta, María! Adiós...... y para siempre!......Voy á buscar la muerte......pero......moriré pronunciando tu nombre......Adiós. (*Váse*).

MARÍA. Que El os ampare.

ESCENA TERCERA.

MARÍA.—FERMÍN.—ENRIQUE.

(María al salir Vanderlinde se deja caer en una silla, y apoyará su cabeza en la mano. Su respiración será algo fatigosa. Entran Fermín y Enrique).

FERMÍN. Hija de mi corazón, ¿cómo estás? Pero te veo triste. ¿Qué tienes?

ENRIQUE ¡Querida hermana mía!

FERMÍN. Pero, ¿esas fatigas que sientes, María?

MARÍA. Casi nada. Me despedí de Vanderlinde, y eso me ha fatigado un poco.

FERMÍN. Es verdad: es doloroso ver á una persona de la familia salir al combate. El, á pesar de todo, se porta bien con todos, y á tí te ama con locura.

MARÍA. Sí: me ama mucho.

FERMÍN. ¿Se despidió de tu madre?

MARÍA. Debe haberlo hecho.

FERMÍN. Voy á despedirme de él en el cuartel, para que no me trate de descortés. Ven tú también, Enrique: pronto estaremos de vuelta. (*Vánse*).

MARÍA. ¡Me ama con locura! Valdría más que

no me hubiera amado nunca! (*Se queda con la cabeza inclinada y pensativa. Momentos después siente tiros continuados, la levanta y dice*):

MARÍA. Tiros! y son cerca.

ESCENA CUARTA.

MARÍA.—Después, CARLOS.

MARÍA. (*Se levanta al sentir los tiros; pero luégo habla sin fijarse en ellos*).

¿Qué se hicieron, mi Dios, las ilusiones
que mi vida feliz embellecieron?
¿Qué se hicieron mis sueños venturosos?
Mis bellas ilusiones, ¿qué se hicieron?
La antorcha de ventura que alumbraba
la senda floreciente de mi vida,
en lámpara mortuoria se convierte
en la lozana senda ya extinguida.
Tristes abrojos sólo se divisan
en mi senda tan bella, tan florida;
pétalos secos, ramas destrozadas,
mustios despojos de ilusión perdida.
Carlos! Carlos!.... recuerdo palpitante,
perenne, fijo siempre en mi memoria;
yo quisiera olvidar este recuerdo,
yo quisiera borrar tan triste historia.
En el fondo del alma yo conservo
de mi Carlos la imagen permanente:
siempre sonriendo y ocultando siempre
pena que marca mi abatida frente.
Debo pintar, con plácido semblante,

la dicha que por siempre yo he perdido;
debo engañar mis padres y hermanos,
ocultando el dolor, mintiendo olvido.
Veo en mi esposo el hombre miserable,
que en fuerza del terror me subyugó;
y ocultando el horror con que le miro
débil sonrisa le tributo yo.
¡Pobres ancianos, que, inocentes, creen
que la calma y la dicha he conquistado;
que al pobre Carlos creen que ya no amo,
y suponen que á Carlos he olvidado!

(En este momento los tiros y los víctores serán muy cerca; pero María entregada á su dolor, será indiferente á todo, y se habrá dejado caer abatida en la silla. Carlos entrará y se acercará á élla, que al verle se parará sobresaltada, dando un débil grito).

MARÍA. Carlos! tú aquí!.... ¿A qué vienes?
qué quieres? dí.... qué valor!

CARLOS. Vengo á cumplir mi promesa;
vengo, María por tu amor.

MARÍA. *(Agitada).* Ay, Carlos! si conocieras
mi infortunio, mi amargura.

CARLOS. Todo cesará, bien mío,
porque te amo con locura.

MARÍA. ¿Y serás tú, Carlos, aquél
qué llaman *Desesperado.*

CARLOS. Sí, mi bien, pues mi deseo
era verme aquí á tu lado.
(Trata de tomar sus manos: ella le esquiva).
Mas, ¿qué tienes, Dios! qué veo?
Por qué esquivas mis ternezas?

María: ¿do está tu amor?
¿qué hiciste de tus promesas?

MARÍA. Carlos! mi bien! Vete, huye....
(Con ansiedad). El oírte es imposible.
Vete, mi Carlos; me matas!....
Mi sufrimiento es horrible.

CARLOS. ¿Así recibes, María,
á tu prometido esposo?
De tí no esperé obtener
este golpe doloroso.

MARÍA. Oírte no debo, Carlos!....
De otro hombre ya.... soy la esposa.
Con calma y valor escucha
esta historia desastroza.

CARLOS. Cielos! ¡Qué dices, María!
¿Con que mi amor le vendiste!
¿Y á tus promesas faltar,
mujer perjura, pudiste?

MARÍA. Te fuiste, y en esta Villa
el saqueo principió,
y una fuerza desbordada
nuestra puerta la rompió.
El jefe que la mandaba,
al verme, se deslumbró,
y por su orden la casa
del saqueo se salvó.
Más después, su amor ardiente
de rodillas me pintaba:
le declaré que tú eras
el que mi pecho adoraba.
Le irrité con mis desdenes;
mi desprecio le abrumaba;

y desesperado, loco,
sin piedad me amenazaba.
Y se propuso vengarse:
no se detuvo á pensar;
y de rodillas, decía,
que su amor iría á implorar.
Con desdeñosa altivez,
su amenaza desprecié;
le dije:—yo adoro á Carlos,
por su amor yo moriré.
Pues bien, ingrata,—me dijo,
pronto mía te veré;
y ese corazón de otro
de pena trituraré.

CARLOS. ¿Y cómo, María, pudiste
de hombre tan villano ser?

MARÍA. Mi pobre padre aprehendido
junto con mi tierno hermano,
los sentenció á muerte cruel
en un cadalzo villano.
Si quieres salvarlos,—dijo,
americana graciosa,
consiente en darme tu amor,
y te haré al punto mi esposa.
Mi madre le rechazó
con el alma desgarrada,
conociendo que me hacía
para siempre desgraciada.
Más tarde.... sentí una caja....
que por la puerta pasaba:
vi á mi padre, vi á mi hermano,
que una tropa los llevaba;

y mi madre en la ventana
las dos horcas divisaba;
y á Enrique vió que el verdugo
infame dogal pasaba.
Mi pobre madre, llorosa,
á mis pies arrodillada,
"sálvalos, hija," decía.
De angustia desesperada,
—Vanderlinde, le grité:
salvad mi padre y mi hermano!
Sabiendo que te robaba
mis promesas.... y mi mano....

Con el alma triturada,
á mis padres he engañado
diciéndoles: "soy dichosa....
yo soy feliz á su lado."
Y al verme siempre sonriendo,
se han llegado á figurar
que á mi Carlos he olvidado,
que á Carlos dejé de amar.

CARLOS. María; si ese español
por la fuerza te ha inmolado,
huye al instante conmigo:
huye, mi bien, con tu amado.

MARÍA. ¡Qué huyamos, Carlos! Mi honor
me prescribe preferir
antes que ser deshonrada,
de pena y dolor morir.

CARLOS. Eso revela que tú
al español has amado,

y que en aras de su amor
mi amor has sacrificado.

MARÍA. ¿ Qué yo he vendido tu amor !
Virgen está aquí guardado;
pero deja que conserve
el honor inmaculado.

CARLOS. ¡ El honor ! El de ese hombre,
¿ crees que debes respetar ?
¿ No te obligó por la fuerza
tu dicha á sacrificar ?

MARÍA. ¡ Imposible !.... Vete.... Deja,
deja á la infeliz María.
Su vida está ya marchita :
falta sólo su agonía.
(*Se sienten víctores junto á la casa, y voces dentro*).

VOCES. Viva la libertad ! ¡ Viva la Patria ! ¡ Viva el invicto Simón Bolívar !

CARLOS. Escucha : ya mis soldados
el pabellón han izado
en la torre, y han lanzado
de este pueblo al español.
Y á todo este continente
Bolívar libertará;
y también te vengará
de tu martirio y dolor.
Vente, mi bien; ven, huyamos :
á ese hombre mataré;
la vida y felicidad
con su muerte te daré.
(*Trata de llevarla en sus brazos : ella resiste*).

MARÍA. Suelta, deja, por mi Dios!
Vete, que puede venir.

ANGELA. *(Saliendo).* ¡ Cielos ! ¡ Qué voz he escuchado

JUANA. *(Lo mismo)* ¡ Qué voz acabo de oír !

MARÍA. ¡ Madre mía ! Por piedad !
tened de mi.... compasión....
salvad.... vuestra pobre hija....
de su propio.... corazón......
(Cae desplomada en los brazos de Angela, que con Juana la colocará en la silla, diciendo á Carlos, con entereza).

ANGELA. Carlos ! ¿ qué quieres ? ¿ qué buscas ?
Huye, por Dios ! *(Qué dolor !)*
No mancilles, Carlos, no,
de esta infeliz el honor.
Deja que suba á los Cielos
conservando su tesoro ;
que si muere por tu amor,
lleve su honor sin desdoro.

CARLOS. Me iré, señora, me iré.
Pero, tened entendido
que si no muero vencido,
he de ver á ese español,
y su cabeza traeré
á los pies de mi María :
si no obtiene la alegría,
obtendrá la libertad.

(Mientras Carlos habla, Angela y Juana examinarán á María, que estará muerta. Angela dirá desesperada, cuando entren Fermín y Enrique)

ÁNGELA. ¡ Está inerte !.... Ya no existe !
Me dejaste triste y sola !

FERMÍN. ¡ Hija del alma querida !

ÁNGELA. *(A Carlos).* No existe, Carlos, no existe !

CARLOS. *(Desesperado).* ¡ Ángel que tanto sufriste :
yo te vengaré, María !

(En ese momento entra Vanderlinde herido en el pecho, sosteniéndose de Roque. Carlos al verle, se arroja á él y le arrodilla á los pies de María).

Ven : contempla los despojos
de María.... que fué tan buena....
á quien mató la cadena
que, por fuerza le pusiste.
y por tí y por ella ruega,
ya que verla así te plugo :
porque yo seré el verdugo
que he de cortar tu cabeza.

(Se abalanza á él. Fermín y Enrique le detienen. Vanderlinde abraza el cadáver de María).

VANDE. Perdón, María, perdón.
Herido estoy de muerte :
no tardaré mucho en verte
ante el Dios de redención.
El enemigo me hirió,
y su golpe fué certero :
bendiga Dios el acero
que aquí en mi pecho se hundió !
(Todos le rodean con interés : su respiración es agonizante).

María.... te voy.... en pos....
A todos.... pido.... perdón....
pues.... que.... hirió.... mi corazón...
la..augus..ta....ma..no....de....Dios.
(Muere).

TODOS. Abrele, Señor, tus brazos!

FIN DEL DRAMA.